

REVISTA DE ARTE

Publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile

AÑO II

1935

NÚM. 8

HAENDEL, EL INGLÉS EXTRANJERO

(Apuntes biográficos)

LONDRES en 1710, ciudad grande, sucia, bulliciosa, fría y formal en su ambiente. En el Palacio Real la reina Ana, graciosa, alegre, inteligente y con un fino «toucher» en el clavecín. La vida musical, sin embargo, decaía; hacía quince años que había muerto Henry Purcell, de indiscutible genio; John Blow, quizás el último maestro de la gran época de la música inglesa, había también muerto en 1708; Thomas Arne aun no cumplía su primer año, los músicos franceses muy en boga durante el reino de los Stuarts, habían desaparecido después de la Revolución. El campo, por lo tanto, estaba abierto a los italianos.

Haendel no tenía más que veinticinco años cuando llegó por primera vez a Inglaterra en el otoño de 1710, no era un joven desconocido. En su patria había alcanzado fama como niño prodigio, y luego sus viajes por Alemania misma e Italia, componiendo y presentando obras durante cinco años, le valían el cargo de Kapellmeister de la Corte de Hannover.

Del aspecto personal de Haendel en este tiempo, poco se sabe; no hay duda que era un muchacho sobrio, inteligente y de gran educación. Tal vez su carácter simpático le granjearon los festejos en las cortes italianas,

en donde tuvo tanto éxito; en el Vaticano se interesaron a tal punto por él, que trataron seriamente de convertirlo al catolicismo, idea que Haendel rechazó con inflexibilidad luterana. La tolerancia de esos días, sin embargo, no afectó con esto las grandes amistades que él mantenía con cardenales y prelados romanos.

En Londres Haendel fué acogido con especial deferencia y distinción por la reina Ana, y con gran entusiasmo por el director de la Opera, Aaron Hill, hombre original en sus ideas y gustos y verdaderamente entusiasta en empresas musicales. Trabaron ellos una íntima amistad y colaboración, de ella nació la ópera «Rinaldo», compuesta en catorce días, y presentada por primera vez en el Teatro de Haymarket el 24 de febrero de 1711.

Mientras tanto la Corte de Hannover reclamaba su Kapellmeister; mas Haendel sólo volvió a Alemania en julio de aquel año y antes de hacerse cargo de su puesto pasó tranquilamente varios meses donde el Elector Palatino de Dusseldorf, y con su propia familia en Halle.

Cuando llegó a Hannover, con su «Rinaldo» bajo el brazo, encontró la ópera cerrada; tuvo entonces que contentarse componiendo música de cámara para los aficionados de la

corte... Sin embargo, su idea fija seguía siendo el teatro. El gran éxito tenido en Londres, donde había encontrado el mejor conjunto de cantantes operéticos de esos días, lo hizo decidirse a volver a Inglaterra. Se dedicó entonces asiduamente al estudio del inglés. Por fin, en 1712, consiguió permiso nuevamente para visitar a Londres, pero a condición de que volviera en un «tiempo razonable».

En 1713, después de veinte días de trabajo, Haendel compuso «Teseo», ópera trágica en cinco actos, y decidió establecerse definitivamente en Inglaterra y por lo tanto se dedicó con asiduidad a granjearse el favor de la corte, a pesar de que la reina se había declarado enemiga de su patrona, la duquesa Sofía de Hannover. Para él no fué este un inconveniente que estorbara el fin de su proyecto, al contrario, para celebrar la paz de Utrecht preparó un Te Deum. Una ley le impidió la ejecución de esta obra por ser extranjero y no poder tomar parte en festividades nacionales. No fué este tampoco un tropiezo, escribió de prisa una oda muy lisonjera a la reina para su cumpleaños. El estreno de ella en el palacio real, el 6 de febrero, tuvo tanto éxito que la reina inmediatamente le dió el mando oficial para el Te Deum y también para un Jubilate que fueron ejecutados en la Catedral de San Pablo el 7 de julio, con mucha pompa y ante el parlamento.

Aceptado Haendel como compositor de la corte, al ejemplo de Purcell, compuso un Te Deum y un Jubilate en 1694, y se radicó en Inglaterra quedando el «Tiempo razonable» acordado por sus patronos al darle el permiso, en perfecta falla. ¿Deslealtad o sencillamente oportunismo? Lo cierto es que sufrió serias tentaciones artísticas y también de confort. Su alojamiento donde el Earl of Burlington,

en Picadilly, era lleno de halagos: buenos vinos, comida suntuosa, gran lujo; así se fué entregando a la vida de sociedad, compuso poco, mas asimiló el ambiente, perfeccionando el idioma y, en general, cultivando las costumbres del país.

La reina Ana, muerta, Jorge de Hannover fué proclamado rey de Inglaterra. El elegante Haendel se precipitó a serpear entonces delante de los pies del rey, implorando repetidamente perdón, mas Jorge no lo escuchó y Haendel con su inquietud de triunfo y la preocupación del fracaso se encerró a trabajar fiebrosamente y compuso «Water Music», que hizo ejecutar ante el rey en un paseo fluvial de la corte.

Después de la presentación de «Amadigi», el rey que era verdaderamente músico, no pudo seguir con rencores y vino la reconciliación. Se llevó consigo, en un viaje a Hannover en 1716 a su antiguo Kapellmeister y le restableció su sueldo.

Durante este viaje, como era corriente en esos tiempos en Alemania, Haendel sintió su espíritu tomado por la influencia religiosa, y escribió su «Passion nach Broches», obra que le valió el honor de ser estudiada críticamente por Juan Sebastián Bach. Más tarde, de vuelta a Inglaterra, compuso sus Psalmos y Esther.

La época más productiva de la vida de Haendel fué en 1717, cuando entró al servicio del duque de Chandos, compuso entonces los «Chandos Anthems» para la capilla particular del duque, este trabajo fué su verdadera preparación para los grandes oratorios del futuro. Ya en 1720 con su tragedia pastoral «Acis y Galatea» demostró una perfección clásica que nunca excedió después. Desgraciadamente, este mismo año empezaron los acosamientos que lo iban a molestar hasta

su muerte. Enredado en la trama de la vida teatral, fué nombrado director musical de una nueva empresa de óperas, la Royal Academy of Music, fundada en 1719, bajo el patrocinio del rey. En medio de estos triunfos, Haendel nunca habría sospechado que los próximos veinte años de su vida iban a resolverse en la lucha perpetua contra la mala voluntad de la nobleza y también la mala suerte.

Por un «faux pas» de su parte, toda la nobleza se puso en su contra y se organizó una ópera rival patrocinada por el príncipe de Gales, con el motivo único de arruinarlo. Mas el perseguido siguió trabajando durante años de duras pruebas y grandes desengaños. La labor de establecer una ópera italiana bajo el cielo gris de Londres tomó toda su actividad. Escribió varias óperas por año, unas gustaron y otras ni siquiera sobrevivieron a los estrenos.

Durante el viaje que hizo a Europa en busca de artistas para su ópera, se detuvo, como siempre, en Halle, así fué como Juan Sebastián Bach que estaba en Cohten a cuatro millas de distancia, oyó la noticia de la presencia de este hombre distinguido que él deseaba conocer, y se puso inmediatamente en marcha, pero desgraciadamente llegó unas horas después de la partida de Haendel. Otra vez, en 1728, cuando Haendel volvió a Hall para visitar a su madre enferma, Juan Sebastián Bach que estaba entonces en Leipzig, mandó a su hijo Wilhelm Friedemann con una invitación calurosa para Haendel. La enfermedad de su madre, ya ciega, tenía en tal forma decaído al gran maestro que hubo de declinar la invitación, y así fué como esos dos grandes hombres nunca se conocieron.

Mientras tanto la Academia Real de Música quebró en junio de 1728, seguida de

desórdenes vergonzosos, como una pelea fantástica entre los dos sopranos, que luchando a gritos se tomaron por el pelo, delante del público, en una representación...

El desinterés por la ópera de Haendel fué en aumento con el éxito ruidoso que tuvo la opereta en el estilo liviano inglés. «The Beggar's Opera» (La Ópera de los Pobres), que lanzaron Gay y Pepusen en 1728, con el intento de poner en ridículo a la Gran Ópera en el estilo largo y desabrido italiano de entonces, mas Haendel, tan astuto en todo lo demás, no pareció haber entendido el significado de este éxito, que era una demostración clara de que el público londinense, cansado de la Ópera Italiana, quería algo más cerca de su propio corazón y vida.

A pesar de todo, formó él una Compañía y siguió componiendo y presentando óperas italianas.

El nacionalismo se hacía sentir en Inglaterra, y ya desde 1726 «Herr Haendel» se había transformado en «Mr. Haendel», para el nuevo rey Jorge II, en 1727 había escrito sus «Coronation Anthems».

En su vuelta a Italia en 1728, buscó cantantes y partituras y se dejó influenciar otra vez por la reciente escuela que introducía Leonardo de Vinci, en Nápoles.

Mas el nacionalismo inglés avanzaba: en 1721 Haendel dió de nuevo su «Acis y Galatea» (que tenía letra inglesa), bajo el título esta vez de «Opera Pastoral Inglesa». Resucitó también a su «Esther» y la presentó con el nombre de Oratorio Inglés, ambas presentaciones tuvieron mucho éxito.

En marzo de 1733, produjo «Deborah» y a pedido de la Universidad de Oxford, compuso «Athalia» en junio del mismo año. La primera no tuvo ningún éxito, y cuando presentó «Athalia», en Oxford, algo debe haber

pasado que no se sabe... pues regresó sin el convenido título de doctor para el cual había sido escrita la obra.

Volvió entonces a su Opera Italiana, mas la aristocracia se unió más que nunca en contra de él.

En busca de atracciones realizó otro viaje a Italia, pero esta vez el príncipe de Gales había contratado a dos formidables rivales para perderlo: Nicolo Pórpura y Johann Hasse, dos músicos de valor indiscutible. En enero de 1734, Haendel presentó su Arianna y pocas semanas después «Pórpura», también estrenó su «Arianna» que tuvo mucho mayor éxito.

La situación seguía agravándose, cuando la princesa Ana, la mejor protectora de Haendel, se casó y fué a Holanda. Lo echaron entonces del teatro Haymarkt, y tuvo que emigrar con su «troupe» al teatro Convent Garden, especie de «Music hall» donde se representaban toda clase de pantomimas arlequinadas. Había allí un grupo de bailarinas francesas, cuando Haendel abrió la temporada de 1734 con su primera «Opera Ballet Tensichore»; que tuvo bastante éxito. «Orestes», «Adiodante» y «Alcina» le siguieron y empezó entonces de nuevo la mala suerte con grandes manifestaciones nacionalistas en contra de sus bailarinas, que se vieron obligadas a volver a Francia, así terminó la Opera Ballet.

A pesar del fracaso, Haendel siguió luchando orgullosamente con los ojos cerrados y volvió a «escribir Operas Italianas». Por fin en 1736, compuso (en 20 días) música para la «Oda a Santa Cecilia de Dryden», triunfó con esta obra estilo oratorio, también presentada en Convent Garden.

Trabajaba sin cesar, casi con frenesí, a pesar de que los años y la lucha habían ata-

cado su salud. En 1736 y principios de 1737, dirigió dos temporadas de Opera, dos de Oratorio, y había compuesto un Psalmo, cuatro óperas y un oratorio.

En abril, un ataque paralizó completamente su lado derecho, incluso la mano y su mente parecía perturbada.

Su Opera quebró y también la Opera rival. A fines de agosto solamente sus amigos lograron mandarlo a los baños de Aachen (Aix-la-Chapelle), donde se curó milagrosamente en dos o tres días, y volvió a Londres en octubre, sano y lleno de energía. En tres meses escribió dos Operas y el «Psalmo Fúnebre» para la muerte de la Reina.

Sus amigos lo salvaron nuevamente de un distinto mal, los acreedores lo amenazaban y las puertas de la cárcel se abrían para recibirlo; se organizó un gran concierto en su beneficio, y a pesar de que se juntaron más o menos mil libras, la dignidad de Haendel sintióse ofendida por este rasgo.

En 1738 principió un gran período de actividad y esperanza; fueron compuestos «Saúl» seguido por «Israel en Egipto» y su estatua fué inaugurada ceremoniosamente en los jardines de Vauxhall. Y su primera colección de conciertos para órgano y los siete Tríos publicados. Todo parecía prosperar, mas en el invierno de 1739 lo visitó de nuevo la mala suerte: la guerra y el frío extraordinario interrumpieron toda actividad musical y teatral. Haendel, a pesar de quebrantos y tropiezos compuso en una semana la «Pequeña a Santa Cecilia»; y en quince días el «Allegro, il Penseroso ed il Moderato»; y en un mes compuso doce «Concerti Grossi», esta fué una hazaña prodigiosa.

Sin embargo, las contrariedades lo perseguían, y cada vez que anunciaba un concierto, los miembros de la Sociedad convidaban a to

dos sus amigos a grandes fiestas, para hacerle el vacío y mandaban además una banda de lacayos por todas las calles para que destruyeran los affiches de Mr. «Haendel». Así fué como Haendel, ya furioso, se decidió a dejar para siempre esta Inglaterra ingrata, donde había vivido y sufrido casi treinta años.

Ya anunciado su concierto de despedida para el 8 de abril de 1741, llegó una invitación del Lord-Lieutenant de Irlanda, en Dublín. Haendel emocionado hasta el fondo de su alma produjo entonces en 20 días su gran obra maestra, «El Mesías», que cimentó su gloria para siempre y dedicó con esta frase «quiero ofrecer algo de nuevo a este pueblo tan culto y amable».

Dió doce conciertos con gran éxito en Dublín y el 12 de abril de 1742 presentó su «Mesías». El éxito fué instantáneo y Haendel olvidó sus resoluciones en contra del pueblo inglés y volvió a Londres donde quiso presentar también el «Mesías». Como siempre le hicieron dificultades estúpidas, aun prohibiendo (con esa perfecta hipocresía inglesa) que el título apareciera sobre los affiches. Haendel tuvo que presentar su «Mesías» bajo el título de «Un Oratorio Sagrado», lo que perjudicó grandemente la obra.

Colocó entonces sus esperanzas en otra invitación a Irlanda. Tenía como antes, «algo de nuevo» que ofrecer: su «Sansón». Y el tiempo pasó y la invitación nunca se formalizó.

En 1743, el Duque de Cumberland venció a los franceses en la batalla de Dettinger. Haendel, siempre oportunista, produjo, en quince días, su «Dettinger Te Deum» que fué cantado con pomposa y gran solemnidad en la Abadía de Westminster el 27 de noviembre.

Siguió a esto un año de gran producción musical, pero terriblemente duro, pues la hos-

tilidad del público era mayor que nunca y así Haendel fué forzado a quebrar nuevamente a principio de 1745.

Agotado y desesperado tuvo un nuevo ataque y esta vez la cura milagrosa no se efectuó. Ocho meses después los escoceses marcharon sobre Londres, entonces Haendel sano y bueno hizo cantar en el Drury Lane, «A Song made for the Gentleman Volunteers of the City of London» (Un Himno hecho para los Caballeros Voluntarios de la Ciudad de Londres). Y el enfermo de ayer derrotado completamente por el oportunista de hoy, compuso dos grandes himnos nacionales: el «Occasional Oratorio», a donde llama heroicamente a los ingleses a defenderse contra la invasión escocesa (y donde usa el tema «Rule Britannia», de Arne). Para celebrar la victoria del Duque de Cumberland en la batalla de Culloden, compuso su «Judas Maccabaeus».

Estas obras después de 35 años de lucha y desengaño trajeron popularidad a su autor, que fué unánimemente aclamado en «músico nacional de Inglaterra».

Volvió entonces a componer Operas... pero esta vez dió la espalda a la sociedad y abrió su teatro a todo el mundo, plan que tuvo un éxito completo, el pueblo respondió y fué desde entonces su aliado.

En la primavera de 1749, escribió su asombrosa «Fire work Music» para celebrar la paz de Aix-la Chapelle. Una banda de seis músicos, (trompetas, cornos, oboes y fagotes) ejecutó esta obra en el Green Park, ocasión memorable entre Haendel y Lord Montagú...

En mayo del mismo año dirigió en el Foundling Hospital (Hospicio para los niños abandonados) su «Anthem for the Foundling Hospital» a beneficio del instituto. En 1750

cuando regaló un órgano al hospicio, fué nombrado administrador de este establecimiento, para el cual había dado varias representaciones de beneficio con su «Mesías».

En junio, compuso una obra maestra «Theodora» y en 1750 realizó su último viaje por el continente, llegando a tierra alemana en el momento en que agonizaba Juan Sebastián Bach. Algunos días después de la muerte de éste, Haendel fué gravemente herido en un accidente de coche en el camino entre La Haya y Amsterdam, mas su pronta mejoría le permitió volver a Londres.

El 21 de enero de 1751, empezó la partitura de «Jephta». Tenía 66 años y todavía componía con la misma asombrosa facilidad. Mas en el segundo acto de esta obra una afección a la vista lo obligó a detener su trabajo, escribió entonces sobre la partitura estas notas: «He llegado hasta aquí el 13 de febrero, no puedo seguir por falta de vista en mi ojo izquierdo». Sólo descansó 10 días y el 23 que era su cumpleaños anotó de nuevo: «Veo un poco mejor, sigo en el trabajo». Alcanzó a trabajar durante cinco días y se detuvo durante cuatro meses. El 18 de junio trató nuevamente de seguir con el tercer acto, pero la enfermedad lo detuvo. Por fin, el 30 de agosto terminó con mucha dificultad su obra, porque estaba ciego. Los esfuerzos de los oculistas de nada valieron, fué operado tres veces en los años siguientes, sin ningún éxito.

Haendel infortunado se consolaba dando su «Mesías», en el Foundling Hospital. Pero ya en enero de 1753 los periódicos anunciaron el grave mal del músico que lo tenía ciego. Tragedia para él, que vivía por sus ojos,

contemplando el mundo, y durante largas horas admiraba su colección de cuadros que contaba entre ellos dos magníficos Rembrandt. Con la pérdida de sus ojos todo se acabó y murió para siempre. Haendel no era un intelectual, ni un gran místico, ni tenía esa ferviente de un Bach o de un Beethoven. Haendel era sencillamente un realista y cuando sus ojos se apagaron, su vida artística también se nubló y poco, a poco, su inspiración fué desvaneciéndose.

De vez en cuando, dirigió sus obras al órgano, pero sus fuerzas le faltaban más y más. En fin, el 6 de abril de 1759, la vida parecía ya abandonarlo por completo, y en una presentación del «Mesías», al verse decaer, hizo un esfuerzo prodigioso y siguió improvisando magistralmente. Mas fué esta la última de sus ejecuciones.

El 11 de abril agregó un Codicilo a su Testamento, legando 1,000 libras esterlinas a la Sociedad Protectora de Músicos Pobres. Expresó también su deseo de ser enterrado en la Abadía de Westminster y agregó: «Quiero morirme el Viernes Santo con la esperanza de encontrarme con mi buen Dios, mi dulce Salvador el día de su resurrección». Murió el Sábado Santo, 14 de abril y fué enterrado el día 20 en el sitio de sus deseos.

Vida trágica, muerte dolorosa, música despreciada en un tiempo, entre cuyas páginas se encuentran algunos momentos que proceden de la fuente pura del genio humano. Con razón dijo Beethoven: Haendel es el más gran compositor que ha vivido; me gustaría arrojarme sobre su tumba.

Norman Fraeser.